Niños y niñas en la familia

María Elena García Rivera

Durante las vacaciones escolares, los fines de semana o las calurosas tardes colimotas, es común observar en calles, callejones, banquetas, mini canchas o terrenos baldíos, a grupos de niños que alegres golpean constantemente pelotas en busca del ansiado gol. Nubes de polvo se levantan ante cada intento de los pequeños por disputar la pelota, mientras los transeúntes cruzan cuidadosos por el territorio expropiado exprofeso para el desarrollo de contiendas e intercambio de satisfacciones.

En diferentes colonias de la capital, lo mismo que en las poblaciones rurales del estado, los niños llenan con sus carcajadas y sonrisas los diferentes lugares de recreación, de videojuegos. Incansables, corren y buscan encestar puntos en improvisadas canchas de basquetbol, para lo cual han colocado un aro y un tablero en un árbol de su calle o en la pared de una de sus casas; mientras tanto las niñas brillan por su ausencia, o se les ve en menor número con relación a sus hermanos, compañeros de escuela o vecinos del barrio o colonia.

Cuando una observa esa libertad con que se desenvuelven, esa alegría con que cada día buscan el triunfo, no pueden dejar de surgir preguntas como: ¿Dónde estarán las niñas? ¿En qué canchas y jardines buscarán ellas el triunfo? ¿Cuáles serán los escenarios en donde las pequeñas practican el deporte? ¿Existen entre la población infantil femenina menores deseos de participar en juegos de conjunto? ¿Jugarán dentro de sus casas o sólo se dedicarán a cuidar a sus hermanos y hermanas menores?

Lo anterior es sólo una muestra de los diferentes tipos de comportamiento que a simple vista podemos observar entre niños y niñas, mismos que son resultado de una socialización específica producto de una cultura diferenciada para hombres y mujeres. Por el hecho de que en esta cultura predominan los valores masculinos, la moderna antropología la ha denominado *androcéntrica*.[1]

En efecto, diversas investigaciones realizadas tanto en Europa como en Estados Unidos —pues en nuestro país aún son escasas— dan cuenta de las principales causas y consecuencias de que niños y niñas participen en una socialización familiar y escolar que para ambos ofrece serias limitaciones en el desarrollo integral.

A finales de la década de los años ochenta, en la ciudad de Barcelona, España, fue publicada la obra *La educación de lo femenino*,[2] en ella, por encargo de la Organización de Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), se dan a conocer los resultados de diversas investigaciones que muestran cómo, pese al avance que a partir de 1985 se dio en todo el mundo respecto a la mujer, en la vida cotidiana siguen existiendo serios problemas de discriminación para niñas y

jovencitas que repercuten en su vida de adultas, sobre todo en la elección de carreras y oficios, lo mismo que en su posterior ingreso al mercado de trabajo.

En dicho reporte se ofrecen datos acerca de cómo, desde el momento mismo del nacimiento de los bebés, padres, madres y personas que los rodean, se ven impelidos a actuar en función del rol asignado para niños y niñas. Así, está comprobado que durante los primeros tres meses de vida, padres y madres tienden a hablar, cantar y repetir los sonidos emitidos por las niñas y no por los niños, lo que puede explicar —al menos en parte— el desarrollo de las facultades verbales de manera más precoz en las pequeñas, debido a que con esas acciones, el hemisferio izquierdo de su cerebro recibe una mayor estimulación.

Respecto a los niños las madres toman en sus brazos a su hijito de tres meses, lo tocan, lo mecen, le ayudan a sostenerse e incorporarse, a soportar su propio peso con más frecuencia que con su hija de la misma edad. Esto se ve reforzado porque, por lo general, los varones nacen con



mayor peso y musculatura que las niñas, quienes casi siempre son tratadas con más preocupación por su seguridad y su bienestar, pues desde esos momentos son consideradas más frágiles.[3]

El mismo estudio señala que a los seis meses de edad, mientras los llevan en brazos, las madres sostienen a los niños de espaldas, de manera que pueden ver con facilidad todo lo que les rodea, en tanto que a las niñas las mantienen vueltas hacia ellas, con lo cual se les limitan las posibilidades del desarrollo cognoscitivo y la autonomía, actividades de vital importancia para el logro de la representación del pensamiento.

Así, durante el primer año de vida, ya hay costumbres establecidas por medio de las cuales los responsables del cuidado y educación de hijos e hijas, consideran a las niñas como seres frágiles que necesitan protección, en tanto que a los niños se les considera seres fuertes a quienes se les impulsa al desarrollo de actividades y juegos más violentos, lo mismo que a que descubran por sí mismos su entorno.

En contraparte, durante toda la infancia, las niñas suelen ser tratadas con mayor afectividad y calidez que sus hermanos, quienes pronto se ven apartados de los brazos y caricias de sus progenitores, sobre todo del padre. Tanto en la familia como en la escuela, los niños son más duramente castigados que sus hermanas y compañeras y pronto ven condicionado el acercamiento afectivo al logro de los éxitos escolares o a la solución autónoma de sus problemas, lo que no sucede siempre con las niñas.

Casi siempre los padres de familia tienen mayores ambiciones para los hijos que para las hijas. Aquéllos se ven seriamente presionados para que salgan adelante en el desarrollo del aprendizaje cognitivo, pues se considera que en el futuro requerirán mayor preparación para afrontar la responsabilidad de ser "jefes de familia". En tanto, con las hijas, los padres tienden a enseñarles a resolver sus problemas de manera más flexible, intentando con ello amortiguar los efectos de un posible fracaso.

Dado que en esta cultura, por lo general a los niños se les deja que solos resuelvan sus problemas y lleven a cabo tareas, diversiones y responsabilidades de manera independiente, se incrementa para ellos el desarrollo de la autono-

mía aunque poco a poco tienen que dejar de lado la expresión de sus afectos y cariño hacia quienes les rodean.

Si los padres tienden a ser benevolentes y poco exigentes con sus hijas, confundiendo la manifestación de cariño con el escaso impulso al logro, para ellas será más difícil salvar los obstáculos que se presenten en sus carreras y profesiones.

Safilios-Rothschild, cita a Hermans, *et. al* [1972], Lipman-Blumen [1972] y Lozoff [1973], para afirmar que: "[...] desde el momento que se establece una relación más equilibrada entre madre e hija en lo que concierne al amor y la aprobación por una parte y el juicio y la ambición por la otra, ello se traduce en un gran interés por los estudios y los buenos resultados".[4]

Ese mismo estudio enuncia que las madres normalmente afectuosas y relativamente despegadas dejan a sus hijas suficiente espacio vital para que puedan dar pruebas de competencia, de independencia, ambición e impulso al logro, actitudes indispensables para desarrollarse en un mundo de gran competitividad como éste de fin de milenio.

Aunque el rol del padre no ha sido tan estudiado como el de la madre, existen estudios que muestran que cuando las chicas están más distanciadas con relación a la madre y más cercanas al padre tienden a resolver más fácilmente sus problemas.

Las anteriores son sólo algunas muestras de la importancia que reviste el tipo de relaciones que se establecen entre padres-madres, hijos e hijas pues es indudable que ellas son de gran importancia en el desarrollo de la vida adulta y profesional. Con ello se muestra la urgencia de que las instituciones responsables de la socialización, como la escuela y la familia, analicen la importancia de revertir los roles sexuales, que si bien el desarrollo tecnológico ha resquebrajado, falta aún un largo camino que recorrer en el desarrollo autónomo de hombres y mujeres en el cual no necesariamente tiene que ser carente del desarrollo afectivo y emocional para ambos géneros.

La búsqueda de propuestas alternativas de socialización tanto en casa como en la escuela, podrán ofrecer la posibilidad de que en un futuro no lejano, parques, jardines, calles y veredas sean compartidos de igual manera por niños y niñas en sus ratos de ocio y vacaciones. Que en los lugares y centros de recreación las sonrisas y carcajadas infantiles procedan de pequeños y pequeñas en igualdad de oportunidades de desarrollo afectivo, emocional y autónomo.

La educación formal

Tal y como lo han evidenciado diversas investigaciones y estudios del campo educativo, sobre todo en lo referente a los sujetos, entre los que sobresale el enfoque epistemológico de Jean Piaget, es un hecho que los primeros años de vida de niños y niñas son vitales para la conformación integral de sus identidades. En este sentido, que urge que las instituciones educativas inicien programas cuyo currícula comprenda aspectos que evidencien la educación diferenciada que se realiza durante el proceso de enseñanza-aprendizaje para que a partir de eso se inicien propuestas pedagógicas que tiendan a la modificación de las relaciones interpersonales entre niños/niñas y docentes con ellas y ellos.

Uno de los aspectos que más urge modificar es el uso y manejo del lenguaje oral y escrito. La tendencia androcéntrica de nombrar a los elementos más importantes de la cultura tomando como base el masculino, para denominar a lo universal y "positivo", es algo que, por manejarse en la cotidianidad, aparece y pretende avalarse como "natural", al querer hacer pasar a las construcciones socio-culturales como resultado de lo biológico y la naturaleza.

Es común que profesoras y profesores, con largos años de experiencia y con formación escolarizada de nivel superior, utilicen en la vida cotidiana expresiones en las que las niñas y/o mujeres somos borradas al utilizar al masculino como elemento de un lenguaje supuestamente "neutro". En frases como: "la reunión del martes será de los padres de familia", "todos los maestros de esta escuela deberán presentarse en la unidad deportiva a las cinco de la tarde del día de hoy". En aras de un intento de simplificar el lenguaje y economizar esfuerzos y tiempo, se deja de lado a niñas, maestras y mujeres en general que de esta manera vamos pasando al ámbito de los seres marginados e inombrables.



Hombres y mujeres que se han dedicado al estudio de la filosofía y el lenguaje, como Octavio Paz, Carlos Fuentes, Simone de Beauvoir, insisten en que tanto los grupos sociales, como los individuos que carecen de lenguaje, no pueden construir una identidad propia, pues no tienen manera de expresar sus deseos, aspiraciones, anhelos y todo aquello que los y las contiene.

Lo anterior es claro durante la conquista de los pueblos, pues aquellos grupos guerreros o de cultura de dominio, uno de los primeros elementos que arrebatan a sus dominados es la expresión oral. Ejemplos hay miles a lo largo de la historia. Desde 1994 se evidenció la manera en que en México se ha pretendido borrar a los pueblos indígenas, muchos de los cuales ni siquiera conocíamos por su nombre, y para la lengua castellana hablada en México, por primera vez empezaron a ser de uso corrientes palabras como tojolobal, mixe, chontal.

Tal y como lo señalaba Gramcsi, la hegemonía de los grupos opresores tiene en el lenguaje uno de sus principales elementos.

En este contexto, resulta interesante realizar tareas de investigación que permitan identificar, evidenciar y contextualizar lo que significa el uso cotidiano en las aulas escolares por parte de niños y niñas de expresiones como las siguientes: "La fiesta de anoche estuvo bien padre", "Vieja el que llegue al último", "No chilles, pareces vieja".

De igual manera, cabe preguntarse y buscar cómo se ven o se sienten las niñas cuando el personal docente casi siempre utiliza lenguaje masculino para dirigirse al grupo y dar instrucciones. ¿Cómo podrán identificarse como seres autónomos las niñas que cotidianamente escuchan expresiones en donde ellas esencialmente no están incluidas? ¿De qué manera podrán las niñas conformar una personalidad con expectativas de logro, en un ambiente en donde a través del lenguaje oral se les excluye permanentemente?

Los resultados de la investigación permitirán elaborar propuestas alternativas en el uso del lenguaje, las cuales deberían ser presentadas a las autoridades educativas para la modificación de planes, programas y contenidos escolares, que busquen la igualdad entre los géneros.♦

Notas

[1] Al respecto, consulté entre otras obras las siguientes: Beauvoir, Simone de. *El segundo sexo*, Ediciones Siglo XX, Buenos Aires, 1981. Eisler, Riane. *El cáliz y la espada*, Cuatro Vientos Editorial, Santiago de Chile, 1990. Millet, Kate. *Política sexual*, Aguilar, México, 1975.

[2] Safilios-Rothschild, Constantina. "Las diferencias según el sexo en la socialización y educación infantil y sus consecuencias en la elección de estudios y sus resultados." En: *La educación de lo femenino o internacional sobre las desigualdades entre muchachas y muchachos en la educación.* Traducción de Catarina Molina, Aliorna, Barcelona, España. 1987.

[3] Lewis, M. "Paters an children: sex-role development", *School Review*, Vol. 80, 1972, citado por Safilios-Rothschild, *op. cit.* p. 45.

[4] Safilios-Rothschild, *op. cit.* p. 49.